

CAPÍTULO VI

Amor a Nuestro Señor

Toda la virtud y santidad se resume en conocer, amar e imitar a Jesucristo. El Padre Champagnat, que estaba convencido de esta verdad, tomaba como tema habitual de sus meditaciones la vida del divino Salvador.

Tenía especial devoción al Niño Jesús. Cada año ponía sumo cuidado en prepararse a la fiesta de Navidad y la celebrada con toda solemnidad. En Nochebuena mandaba instalar el belén para representar el divino nacimiento con todos los detalles que lo rodearon. Iba con la comunidad a adorar al divino Niño recostado sobre pajas en el pesebre, y le dirigía fervorosas oraciones.

“Hermanos –exclamaba en una plática sobre esta fiesta–, mirad al divino Infante reclinado en un pesebre, desprovisto de todo. Nos tiende sus manecitas y nos invita a acercarnos, menos para compartir su pobreza que para colmarnos de bienes y gracias. Se ha hecho niño para conquistar nuestro amor y alejar de nosotros todo temor. Nada más amable que un niño: su inocencia, sencillez y dulzura, sus caricias y hasta su misma fragilidad son capaces de conmovir y conquistar los corazones más duros y empedernidos. ¿Cómo vamos a resistirnos a amar a Jesús que se ha hecho niño para estimular nuestra confianza, manifestarnos el exceso de su amor y darnos a entender que todo lo conseguiremos de él? Nada tan cercano ni tan amable como un niño: lo da todo, todo lo perdona, lo olvida todo; cualquier chuchería lo hace feliz, lo sosiega y contenta. Su corazón no tiene hiel ni amargura: sólo ternura y amor. Acudamos, pues, al divino niño cuyo corazón posee todas las perfecciones divinas y humanas. Pero vayamos a él por el mismo camino que él siguió para venir a nuestro encuentro, es decir, por el camino de la humildad y la mortificación. Pidámosle estas virtudes; pidámosle su amor y cuanto necesitemos: nada nos puede negar.”

El misterio de la Redención era también una de las grandes devociones del Padre Champagnat. Durante toda la cuaresma meditaba los sufrimientos del divino Salvador. Y, considerando que el tema era más que suficiente para ocupar a los Hermanos y alimentar su piedad, no les daba otro para meditación, lectura espiritual y, a veces, incluso para las lecturas del refectorio.

Dedicaba especialmente la Semana Santa la contemplación de este inefable misterio del inmenso amor de Dios a los hombres; la celebrada con gran recogimiento y como si fuera tiempo de retiro. Los tres últimos días celebrada los oficios litúrgicos íntegramente y con toda la piedad y solemnidad posibles. Durante muchos años, el buen Padre ayunó e hizo ayunar a la comunidad a pan y agua el Viernes Santo. Ese día no había recreo después del almuerzo¹: en toda la casa reinaba un profundo silencio; el día entero se consagraba a la asistencia a los oficios y a la lectura y meditación de los sufrimientos de Jesucristo.

El piadoso Fundador había hecho de la Semana Santa, para sí y para sus hijos, tiempo de renovación en la piedad y el fervor. Muchos de los que se hallaban en las escuelas se reunían con él durante esos días santos. Los recibía en particular para animarlos y avivar en ellos el espíritu de su estado. En los ratos libres que le dejaban los oficios, les daba conferencias y charlas sobre la Pasión de Jesucristo o sobre los deberes de la vida religiosa. En fin, aquella semana, como lo indica su nombre, era realmente santa, pues la dedicaba enteramente a la oración, a su propia santificación y a la de los Hermanos.

* * *

Pero le gustaba manifestar su amor a Jesucristo de modo especial en el Santísimo Sacramento del altar. Tan viva era su fe en la presencia real, que se diría que veía cara a

cara a Nuestro Señor en este inefable misterio². Cuando era seminarista, pedía a menudo permiso para visitar al Santísimo Sacramento, y hubiera pasado gran parte de sus recreos al pie del altar si la prudencia de sus superiores no hubiera puesto límites a su piedad y fervor.

Mientras fue coadjutor en Lavalla, nunca dejaba de hacer una visita al Santísimo Sacramento después del almuerzo, y se impuso como norma visitarlo antes y después de las salidas que tenía que hacer para visitar a los enfermos o por cualquier otro motivo. Al salir, la visita era para pedir a Jesucristo que le preservase de toda falta y suplicarle que bendijera la obra que iba a realizar; y, al regreso, para revisar su comportamiento, agradecer al Señor las gracias recibidas y pedirle perdón por las faltas cometidas.

Como es de suponer, no dejaba de inspirar a los Hermanos esta devoción, que él llamaba la primera de todas las devociones. En los primeros horarios que les dio estableció la visita al Santísimo Sacramento³ dos veces al día no sólo en el noviciado, sino también en las escuelas. De ese modo, los Hermanos llevaban a los niños a la iglesia tres veces al día: por la mañana, antes de clase, para la santa misa; después de las sesiones de mañana y tarde para adorar al Santísimo Sacramento y encomendarse a la Santísima Virgen. Prescribió también a los Hermanos una visita⁴ al Santísimo Sacramento cada vez que salieran de paseo; y, en las casas de noviciado y en las que hubiera reserva, al inicio y regreso de un viaje o salida.

“Nunca salgáis de una casa donde more el Santísimo Sacramento –les decía– sin ir a pedir a Jesucristo su bendición; y, al regreso, lo mismo que cuando entréis en una parroquia, la primera visita ha de ser igualmente para Jesucristo.”

Daba tanta importancia a esas prácticas que más de una vez impuso penitencias a los Hermanos que las omitían. Muy a pesar suyo se vio obligado más tarde a suprimir algunas de esas visitas. Pero hasta su muerte no dejó de inspirar a los Hermanos amor a Jesús sacramentado.

“Por nosotros –les advertía– y para que podamos acudir a él en todas nuestras necesidades, permanece el divino Salvador día y noche en nuestros altares desde hace más de mil ochocientos años. Y nada aflige tanto a su divino Corazón como nuestra ingratitud ante tal regalo y nuestra apatía en visitarlo y pedirle favores. Si supiéramos lo provechosas que son las visitas al Santísimo, estaríamos postrados continuamente ante el altar. Los santos comprendían esa realidad; sabían que Jesucristo es la fuente de todas las gracias; por eso, cuando se les presentaba algún asunto complicado, o tenían que pedir algún favor especial, acudían ante el Santísimo Sacramento. San Francisco Javier, san Francisco Regis y muchos otros pasaban horas enteras cada día y gran parte de la noche al pie del altar. Por estas prolongadas conversaciones con Jesucristo prosperaban las obras que les encomendaban, convertían a los pecadores y conseguían éxito en cuanto emprendían para gloria de Dios y propia santificación.”

Al hablar de este modo, nuestro piadoso Fundador hacía suyo el lenguaje de los santos, que unánimemente reconocen que las visitas al Santísimo Sacramento son fuente de gracias para los cristianos.

“Es indudable –dice san Alfonso de Ligorio⁵– que, después de la comunión, la visita frecuente a Jesús sacramentado es una de las prácticas de piedad más agradables a Dios y provechosas para nosotros. A menudo se consiguen más gracias durante un cuarto de hora ante el Santísimo Sacramento que con todos los demás ejercicios piadosos del día.”

San Pedro de Alcántara⁶ asegura: “Nuestro Señor en el Sacramento del altar tiene las manos llenas de gracias, y está dispuesto a derramarlas sobre quien viene a pedírselas.”

“En ninguna parte escucha Jesucristo las oraciones con mayor facilidad, como ante el Santísimo Sacramento”, añade el beato Enrique Susón⁷.

Finalmente, san Pablo nos enseña que “Nuestro Señor en el Santísimo Sacramento es el trono de la gracia y de la misericordia.”⁸

Cuando el Padre Champagnat tenía que resolver algún asunto complicado o sufría alguna contradicción; cuando acontecía algo desagradable, Jesús sacramentado era su refugio. A sus pies examinaba lo que tenía que hacer, y nunca tomaba decisión alguna, por muy insignificante que fuera, sin habérsela encomendado.

En tales ocasiones solía decir: “Vamos a encomendar esto al Señor en la santa misa, en la comunión y en las visitas que le hagamos; luego veremos qué hemos de hacer.”

¡Cuántos casos aparentemente sin salida se solucionaron inmediatamente, contra todo pronóstico humano, tras una fervorosa plegaria ante el Santísimo Sacramento!

En una ocasión en que se debatía un asunto importantísimo entre personas respetables e interesadas en el tema, se estaba muy lejos de la unanimidad y las posturas eran tan divergentes que parecía imposible llegar a un acuerdo. En lo más crudo de la discusión, el Padre Champagnat parece recogerse, luego se levanta sin decir palabra, se va a la capilla, se postra a los pies de Jesucristo y, transcurridos unos minutos de ferviente oración, se incorpora a la asamblea. Apenas lo ven, los ánimos se serenán; pronuncia unas palabras que todos consideraron llenas de cordura y la discusión acaba a gusto de todos.

Un día vino un Hermano a buscarle a su despacho y sin rodeos le comunicó que había decidido retirarse y que su decisión era tan firme que por nada del mundo la revocaría.

- Pero, ¿por qué se va a retirar? -repuso el Padre-. No veo razón alguna que justifique esa decisión; siempre he creído que estaba usted hecho para la vida religiosa y que Dios lo había llamado a ella.

- También yo lo creí mucho tiempo -replicó el Hermano-, pero hoy me he convencido de lo contrario y, de unos meses a esta parte, la vida comunitaria se me hace insostenible.

- Esta tentación es peligrosa -le dijo el Padre-; el demonio, envidioso de su felicidad y adivinando el bien que está destinado a realizar, quiere de un solo golpe impedirlo y llevarle a la perdición. No se le ocurra ceder a la tentación: tendría que arrepentirse toda su vida y acaso toda la eternidad.

Después de haber agotado todos los medios que le inspiró su celo para hacerle cambiar de idea, viendo que no conseguía convencerle ni siquiera decirle a retrasar unos días para orar y reflexionar, añadió: “Espere aquí un momento; vuelvo en seguida y le diré lo que tiene que hacer.”

Corre a la capilla y suplica ardientemente a Nuestro Señor que se apiade del Hermano, que lo detenga al borde del abismo y que lo libre de la terrible tentación que lo acosa. No había orado más que unos minutos cuando siente que ha sido escuchado. Vuelve y encuentra al Hermano de rodillas.

- Padre -exclama el Hermano-, ¡qué gran servicio acaba de prestarme! El demonio que me atormentaba acaba de dejarme. No sé qué me ha pasado, pero me siento tan aliviado como si me hubieran quitado una montaña de encima de los hombros. He cambiado por completo de ideas, y no comprendo cómo he podido dejarme seducir por tan absurdas ilusiones.

- Amigo mío -le respondió el Padre-, ame mucho a Nuestro Señor, pues a él debe esa gracia; trabaje en dar a conocer y hacer amar a Jesús: para eso lo ha liberado de esa tentación y lo mantiene en su vocación.

Otro Hermano, que padecía violentas tentaciones contra la castidad y que no acababa de librarse de los malos hábitos contraídos en el mundo, venía con frecuencia a ver al Padre para informarle de su situación y pedirle algún remedio. Después de haberle dado muchos consejos y sugerido medios que apenas le dieron resultado, el buen Padre le prescribió lo siguiente:

1.º Ofrecer y consagrar diariamente el corazón a Nuestro Señor durante la santa misa. Le exhortó a hacerlo con las letanías del Sagrado Corazón, y añadir a cada invocación: “Yo me consagro a ti.”

2.º Renovar esta ofrenda y consagración durante la acción de gracias, los días que tuviese la dicha de comulgar.

3.º Aprovechar los ratos libres del día para ir dos veces a la capilla y pedir a Nuestro Señor su bendición.

Esas prácticas dieron el resultado apetecido: disminuyeron las tentaciones y muy pronto llegó el Hermano a corregir totalmente los hábitos que lo esclavizaban desde hacía tanto tiempo.

* * *

El respeto profundo y el amor tierno que el Padre Champagnat profesaba a Jesucristo en el Santísimo Sacramento del altar, lo impulsaban a celebrar con gran solemnidad los oficios litúrgicos y a observar con minuciosa exactitud las rúbricas y cuanto estaba establecido por el ceremonial diocesano. En este aspecto, la capillita del Hermitage se parecía a la catedral de Lyon o a la iglesia del seminario mayor, por la forma de celebrar los oficios divino. No pocas personas lo comentaban así.

Aunque estimaba de modo especial la pobreza y procuraba con esmero que reinase en la comunidad, como luego veremos, quería que la capilla y cuanto tocase al culto divino fuera excepción; que los ornamentos y vasos sagrados no sólo estuvieran limpios, sino que fueran ricos hasta donde los recursos de la comunidad pudieran alcanzar⁹

Al llegar a Lavalla, encontró la iglesia sucia. Se puso él mismo a quitar el polvo y las telarañas, que cubrían las paredes; a enlucir algunos lienzos de pared que se hallaban en estado lamentable; a limpiar candelabros, cruces, imágenes y cuanto servía de ornato; a encerar semanalmente la tarima del altar y conservar limpia la sacristía. Desempeñó tales tareas hasta que un Hermano estuvo suficientemente preparado para encargarse.

Para contribuir a la solemnidad de los oficios litúrgicos y estimular la devoción de los fieles, enseñó a los niños a ayudar a misa y los formó en las ceremonias de la iglesia, y, en la procesión de Corpus, a incensar al Santísimo y echar flores a su paso con la debida seriedad y modestia. Para lograr que los niños hicieran todo esto con la mayor piedad de que eran capaces, les sometía a una especie de noviciado, admitiendo al servicio de la iglesia sólo a los que se lo habían merecido por su comportamiento irreprochable durante cierto tiempo.

Por respeto a Nuestro Señor, se abstenía escrupulosamente de escupir en el lugar sagrado; y quiso que los Hermanos hicieran lo propio, y así lo determinó en las Reglas¹⁰. También prescribió que entraran en la iglesia convenientemente aseados, prohibiéndoles presentarse sin el hábito religioso, con zuecos o cualquier otro calzado sucio.

“El profundo respeto que debemos a la persona de nuestro divino Salvador –decía–, exige que incluso nuestro exterior esté limpio cuando tenemos la dicha de comparecer en su presencia; un porte descuidado manifiesta que no hemos comprendido lo que Jesucristo se merece.”

Era admirable su piedad en la celebración de la santa misa; su actitud modesta, su aspecto convencido, la gravedad de sus movimientos, el tono de voz piadoso y animado, todo revelaba los sentimientos que embargaban su corazón y la impresión profunda que le infundía el augusto sacrificio que ofrecía a Dios.

Nunca omitía la celebración diaria de la santa misa, y en sus viajes lo vimos caminar cinco o seis leguas para gozar de ese consuelo. En tales ocasiones se pasaba frecuentemente en ayunas toda la mañana, con la esperanza de poder celebrar el santo sacrificio al llegar a su destino.

En un viaje que hizo a Gap, al apearse de la diligencia, preguntó qué hora era. Le dijeron que eran las once. Entonces se acercó a la catedral y pidió celebrar la misa. Después de la acción de gracias, al reunirse con su compañero de viaje, exclamó: “¡Qué gracia me ha otorgado Dios en este día! Ya creí que no iba a tener la dicha de subir al altar sagrado, aunque mucho lo deseaba.”

En otra ocasión, al llegar a Bourg-Saint-Andéol¹¹, ya sin esperanzas de celebrar el santo sacrificio, por carecer de la licencia necesaria, dispuso la Provincia que tropezase con un sacerdote conocido, lo que le deparó la satisfacción de celebrar la santa misa. Después de la acción de gracias, fue también a dárselas al sacerdote en cuestión y le dijo: “¡Querido amigo, le debo un favor que nunca olvidaré!” “Pronunció estas palabras con tal fe y piedad –decía luego el interesado al recordar la anécdota–, y me causaron tal impresión que veinte años no han podido borrarla de mi mente.”

* * *

Después de lo dicho, a nadie sorprenderá que haya recomendado tan encarecidamente a los Hermanos la asistencia a la santa misa y la comunión frecuente.

“El daño que os ocasionáis –les decía–, dejando la santa misa o la comunión, es irreparable, una pérdida infinita, de la que nunca podríais consolaros si comprendierais el bien inmenso que encierra la Eucaristía. Nunca debierais omitir ninguna de las comuniones que os autorice el confesor, a no ser que hayáis tenido la desgracia de cometer un pecado mortal. Dejar la comunión, con el pretexto de falta de preparación o de devoción sensible, o por ciertos descuidos o faltas leves, es un engaño; es tratar de reparar un error con otro más grave.”

Un día preguntó a uno de los Hermanos más antiguos por qué dejaba la comunión de los jueves tan a la ligera.

– Porque tengo demasiadas imperfecciones y estoy lleno de defectos.

– Querido amigo, precisamente por considerarse tan imperfecto y lleno de defectos quisiera verlo comulgar con mayor frecuencia. El sacramento de la Eucaristía es el medio más eficaz para corregir esos defectos y sacarle del estado de tibieza en el que se encuentra. Jesucristo no dice: Venid a mí los perfectos, sino *Venid a mí los que sufrís¹², los agobiados, los perseguidos, los que gemís bajo el peso de vuestras imperfecciones, y yo os aliviaré*. No se corrigen los defectos, no se alcanza la piedad ni se adquieren las virtudes alejándose de la comunión, sino acercándose con frecuencia al divino Salvador.

– Pero si no saco provecho alguno de la comunión.

– La comunión nunca es infructuosa cuando se está exento de faltas graves, pues este sacramento actúa de dos modos: por sí mismo, *ex opere operato*¹³; y por las disposiciones que acompañan al que lo recibe, *ex opere operantis*. No vaya a pensar que porque no ve progresos en la virtud no saca ningún provecho de la comunión. La comunión le ayuda por lo menos a mantenerse en estado de gracia, que no es poco. ¿Imagina que el alimento corporal es inútil porque sus fuerzas y salud no aumentan? Seguro que no, pues sirve para reponer el desgaste diario y sostener las fuerzas y la salud.

“Algunos se quejan, sin razón, de que no sacan fruto de los sacramentos. Combatir las tentaciones, verse libre del pecado mortal, perseverar en su santo estado, desempeñar decorosamente el empleo, ser fiel a los ejercicios de piedad, sentir la propia imperfección, ¿qué son sino frutos de los sacramentos? Y no reconocerlo es mostrarse ingrato con Jesucristo. A semejantes religiosos, ¿qué les falta para adelantar notoriamente en la virtud y adquirir la perfección que Dios les pide? Un poco más de esmero y esfuerzo en la oración, un poco más de exactitud en la observancia de la Regla, un poco más de entrega en su empleo, un poco más de amor por Jesucristo, un poco más de celo por darle a conocer y hacerle amar. Ahora bien, el modo más eficaz de lograr lo poco que

les falta en todo eso, es la asistencia fervorosa a la santa misa, la meditación de los misterios y la vida de Nuestro Señor, la comunión frecuente. Pues no lo olvidemos: todo lo tenemos en Jesucristo y nada tenemos sin él.”

Otro Hermano se excusaba de haber dejado la comunión del jueves, diciendo que sufría muchas tentaciones. El Padre le dijo: “Alejarse de la comunión por sentirse tentado, es ceder sin resistencia la victoria al demonio, que le tienta precisamente para que deje la comunión, porque sabe, por experiencia, que le resulta fácil hacer caer en pecado mortal a quienes se privan de este alimento celestial, que es remedio infalible contra el pecado. ¿No se ha dado cuenta de que el demonio le atiborra la mente de malos pensamientos, y lo persigue sin tregua la víspera del día de comunión, y que, en cambio, le deja tranquilo en cuanto ha tomado la decisión de omitirla? ¿Por qué obra de este modo? Porque odia a más no poder la sagrada comunión, y la odia porque conoce muy bien los grandes bienes que nos proporciona, porque sabe que es el antídoto del pecado. El medio más rápido para triunfar de las tentaciones y hacerlas desaparecer, es acercarse a menudo a Jesucristo.”

Pero lo que más apenaba al piadoso Fundador era ver que se dejase la comunión o la santa misa por falta de devoción, por incuria, por falta de interés en la propia perfección o como consecuencia de viajes o visitas innecesarias. Mil veces clamó contra este abuso; y siempre con una energía y fuerza que manifestaban a la vez su tierno amor a Jesucristo y el dolor profundo que sentía al ver que los Hermanos se alejaban de Aquel que es el manantial de todas las gracias.

Finalmente, el amor que profesaba a Jesucristo le inspiraba celo ardiente de su gloria y lo movía a exhortar y animar continuamente a los Hermanos a que conocieran y amaran al divino Salvador y lo dieran a conocer y amar. En sus instrucciones volvía siempre sobre este asunto.

“Dar a conocer a Jesucristo, hacer amar a Jesucristo –repetía continuamente– es el fin de vuestra vocación, el fin del Instituto. Si no trabajáramos en ello, nuestra congregación sería inútil, y Dios le retiraría su ayuda. Insistid, pues, en los misterios y la vida de Nuestro Señor; hablad a menudo a los niños de sus virtudes y sufrimientos, del amor que les ha manifestado al morir en la cruz¹⁴ y de los tesoros de gracia que les ha dejado en los sacramentos. La ciencia de la religión consiste únicamente en conocer a Jesucristo, que es la vida eterna; los santos en el cielo no tienen otra ocupación que conocer, contemplar y amar a Jesucristo; ésa es su bienaventuranza. El conocimiento de Nuestro Señor debe ser, pues, el objetivo de todas vuestras catequesis, en ninguna debéis dejar de hablar del divino Maestro. Cuanto más lo deis a conocer, más lo haréis amar, más debilitaréis el reino del pecado y estableceréis el de la virtud; más aseguraréis la salvación de vuestros alumnos.”

En muchas de sus cartas les da los mismo consejos y les pide que recuerden sin cesar a los niños lo mucho que Jesucristo los ha amado, y, por consiguiente, lo mucho que tienen que amarlo¹⁵.



¹ Almuerzo = comida de mediodía.

² “Me gustaba verle celebrar misa; parecía un ángel. En la visita de las 11.30, yo asistía casi siempre, junto con otras personas, al rezo de la oración: “Te saludamos, dulcísima Virgen María...” ¡Qué unción ponía el Padre al pronunciarla!” (Hermana Saint-Louis, que formaba parte de la comunidad de Hermanas del Hermitage en el censo de 1841 y que aduce el testimonio de Gabriela Fayasson que vivió varios años en el Hermitage. AFM, doc. 140/3, n.º 9, pág. 21 y CPO, fol.261).

³ “Inmediatamente después de la clase harán una visita al Santísimo Sacramento, si le parece bien al señor cura. Si no van a la iglesia, harán las oraciones propias de la visita en la misma clase. Las oraciones prescritas son: acto para la comunión espiritual, y los actos de fe, esperanza y caridad, la oración “Te saludo, oh dulcísima Virgen María” y el Ángelus” (Regla de 1837, cap. II, artículo 19, pág. 20).

⁴“En cuanto les sea posible, los Hermanos harán una visita al Santísimo Sacramento antes de salir de viaje o de paseo, lo mismo que al regreso” (Regla de 1837, cap. VIII, art. 1, pág. 55).

⁵“Ciertamente que, entre todas las devociones, la de visitar a Jesús en el Sacramento es la primera después de la recepción de los sacramentos, la más grata a Dios y la más útil para nosotros” (SAN ALFONSO M.^a DE LIGORIO, Visitas al Santísimo, Introducción. BAC 78, 964) (CM I, NOTA 9, PÁG. 386)

⁶La misma idea atribuida al P. Baltasar Álvarez: el Señor se le apareció “con las manos llenas de gracias” (SAL, vol. XI, cap. XVIII, pág. 92).

⁷“Jesucristo más que en cualquier otro sitio escucha en el Santísimo Sacramento las oraciones de quienes lo visitan, y les otorga gracias en mayor abundancia” (SAL, vol. XI, cap. XVIII, pág. 92).

⁸Hb 4, 16.

⁹El P. Champagnat escribía al hermano Francisco desde París, el 7 de marzo de 1838: “... he comprado un copón muy bonito...” (LPC 1, doc. 175, página 356).

¹⁰“En lo posible, es conveniente abstenerse de toser, escupir o sonarse en la iglesia” (Regla, AFM, doc.362.1). Manuscrito.

¹¹Pequeña ciudad de Ardèche, a unos diez Kilómetros de Saint-Paul-Trois-Châteaux.

¹²Mt 11, 28.

¹³Cfr. Santo Tomás, 3.^a, q. 62, art. 1-6. Apéndice 11, cap. VII

¹⁴LPC 1, doc. pág. 72.

¹⁵Las cartas al Hermano Bartolomé (LPC 1, doc. 14, pág. 53 y doc. 19, pág. 61).